

Diario de un viaje a México (8) El cortador de henequén

Por VICTORIA ARMESTO

Aunque nuestra visita tenía un carácter privado, y una buena parte de la delegación se volvió a España, quedando tan sólo los que teníamos más tiempo o superior interés por la cultura maya, tanto el general gobernador del Estado como los diputados estatales y ediles de la ciudad de Mérida nos atendieron haciendo uso de la célebre hospitalidad yucateca.

También aquí, como en toda la república mexicana, el partido del Gobierno, el PRI, ejerce una acción casi hegemónica y sólo muy recientemente la oposición de derechas, el PAN, comienza a aletear con timidez. De los 15 diputados del Estado, 13 son del PRI y 2 son del PAN. Los senadores son todos del PRI pero creo haber entendido que hay dos diputados del PAN y uno izquierdista del PPS.

Conocí también a varias diputadas y senadoras pertenecientes al partido gubernamental. Todas muy inteligentes y preparadas, jóvenes y bonitas. Una de ellas, que era la esposa de un ingeniero a cuyo cargo está el mantenimiento de las ruinas mayas, me hizo pensar en el retrato que hace Valle Inclán, en las Sonatas, de la «niña Chole».

A alguna de estas mujeres políticas les pregunté, pues yo soy curioso de estos aspectos humanos de las personas, cómo siendo esposas jóvenes con niños a su cargo podían conciliar las tareas domésticas con la vida política y los viajes aéreos a México para asistir a las sesiones del Parlamento (aunque allí no se reúnen tanto como en España).

Supe que, en general, gozaban de algún tipo de asistencia doméstica si bien, a pesar de la existencia de tanta población deprimida, ya hoy no era fácil hallarla. Antiguamente en las casas tradicionales yucatecas tenían abundante servicio y era corriente la existencia de cocinera, lavandera, mozo y trasteadora. Trasteadora llaman a la encargada de la limpieza. Desaparecidas en gran parte tales asistencias, a excepción de la última con carácter interino, está funcionando en Mérida un servicio de cocina a domicilio. Acaso la empresa más conocida, entre las que se encargan de tales menesteres, sea «La Madrileña», dirigida por una señora española, la cual ha montado este servicio hace unos años y al parecer le va muy bien. Tiene un hijo estudiando en España y otro en Inglaterra. Una de las senadoras era abogada de «La Madrileña» y me dijo que encargaba diariamente lo que su familia quería comer ajustándose al menú de la empresa especializada en platos españoles y criollos.

Esto me recordó a Concepción Arenal, que en alguno de sus escritos propugnaba soluciones semejantes a fin de que la mujer, liberada en parte de una de las esclavitudes domésticas, pudiera tener tiempo para perfeccionarse y cultivarse.

Me familiaricé con la campiña yucateca de forma que si cierro ahora los ojos puedo visualizar los campos de henequén. A la vez la gran riqueza y la gran tragedia del Yucatán, el

henequén le dio a esta península mucho dinero en los tiempos en que estaba en alza la industria naval y no se habían descubierto las fibras sintéticas como el nylon.

Ahora, entre una cosa y otra, la industria del henequén está en decadencia. Se trata de un cultivo muy difícil.

Se necesitan cinco años para que a la planta se le dé el primer corte y sólo a partir del séptimo año entra en plena producción; el ciclo vital es de unos veinticinco años.

Del henequén se extrae la fibra con la que hacen sogas, velámenes, alfombras y toda clase de objetos, el bagazo sirve para alimento del ganado.

No sólo atender a estos campos es difícil, y más con este clima, sino que el corte se hace a base de la sangre que gotea de las heridas infligidas al jornalero.

Hay una gran pintura mural en el Palacio Gubernamental de Mérida de la que es autor el pintor yucateco Castro Pacheco que se titula: «Las manos del cortador del henequén».

No sólo a través de esta cruel imagen, a través de la literatura quedan datos fehacientes de la crueldad de un oficio encomendado a quienes si no eran esclavos se les trataba como a tales.

Un gobernador populista del Yucatán pretendió redimir a estos jornaleros, acción que provocó su posterior asesinato, achacado a una mafia rural.

En torno a este hombre público-asesinado existe, aparte de su retrato en otro mural del ya citado palacio, una leyenda amorosa que se perpetúa en la canción yucateca «Peregrina».

«Peregrina» recuerda los amores del gobernador con una periodista americana. Ambos estaban casados y su amor, en las primeras décadas del siglo, se reveló imposible. Ella se volvió a los Estados Unidos y el gobernador, con esa inclinación a la música propia del corazón yucateco, encargó a un compositor que le dedicara una canción a su amada.

Así nació la canción «Peregrina» que hoy gustan entonar los mariachis. La oímos varias veces en el curso de nuestra estancia en Yucatán. Si no pudieron vivir juntos, ambos amantes están enterrados uno al lado del otro en el cementerio de Mérida.

No consigo acordarme ni del nombre del político ni del de su amada. Como he comenzado a escribir estos artículos en México capital, los continué en Jalisco, luego en Yucatán, a continuación en Madrid, en Barcelona y ahora en Coruña, me temo que con tanto trasiego y tanto avión he perdido alguna que otra nota.

La memoria es una maquinaria muy imperfecta y aún es suerte que todavía esa acción perturbadora del tiempo, que tan sutilmente ha descrito Teilhard de Chardin, me permita retener con nitidez el perfil de aquella región mexicana.

Así no sólo recreo ahora las plantaciones de henequén sino que me queda la memoria vivida de las cercas de piedra que por lo regular las rodean. Unas

cercas muy semejantes a las gallegas sólo que en el Yucatán suelen pintárselas de blanco y les llaman «albarradas».

Cubre gran parte de la campiña yucateca un arbusto de escaso porte que se llama «chacá».

La selva, que está a la espera ya en los confines con Guatemala, tiene aquí a veces su avanzadilla. Recuerdo también la palma de huatzil con la que hacen los tejados de las casas indias. En esta época el campo yucateco ve florecer el tajonal cuya flor amarilla constituye un rico alimento para las abejas, siendo muy estimada la miel que se produce en la región.

En Uxmal vi un árbol gigante que me produjo gran impresión. Se llama Pich. A su lado estaba un Zapote; la madera de este árbol es tan resistente que puede durar mil años; de la resina hacen el chicle. Tienen aquí madera de caoba y de cedro y el bojón que es una madera muy dura y bella. Existe en Yucatán una industria de muebles. Este es un pueblo muy artista. Los objetos que hacen los indios en barro o madera, esos angelitos negros, con sombrero cubano y alas son auténticas maravillas. Yo me vine con un idolo de medio metro y los ángeles de sombrero y otras muestras de arte popular en un bolso de mano por temor de que se rompieran. Fue bastante penoso pero llegaron intactas a La Coruña y es de esperar que no sucumban en manos de una «trasteadora».

Este sentido del arte popular y esta gracia pristina es universal en todos los Estados mexicanos y lo extraño es que la devaluación del peso nos permita adquirir tan bellos objetos maravillosos por 200, 500 o mil pesetas.

También son muy bonitos los vestidos yucatecos, los huipiles (no sé si lo escribo bien) con los típicos bordados y la tela de lino casero. Suelen las familias yucatecas encargarse de estos trajes regionales para las jóvenes, que éstas estrenan a los 14 ó 15 años y les dura toda la vida.

El vigués señor Suárez encargó uno muy especial para su hija que le cuesta 70.000 pesetas, pero fórmulas más simples y rutinarias de trajes femeninos yucatecos pueden adquirirse por dos o tres mil pesetas.

También es muy típico del Yucatán las hamacas que son otro producto del henequén. No sólo duermen en ellas los indios, sino también las gentes de las clases medias siendo según me dicen poco habitual el dormir en una cama. No sólo hay hamacas individuales sino matrimoniales y hamacas para adultos y para niños.

Otro de los árboles mexicanos que difícilmente se olvidan es el flamboyan que en Jalisco se llama tabaschin.

El flamboyan tiene unas flores rojas que en abril adquieren una tonalidad ardiente. En esa época florece también la llamada lluvia de oro con sus flores amarillas, y la Avenida de Montejo se convierte en una maravillosa bandera española. Toda Mérida, ardiendo en sus cuarenta grados, se alza roja y gualda como en un homenaje vegetal al símbolo de la madre patria.

Con el más amplio surtido en accesorios

De todos los estilos con una instalación especializada

De las mejores calidades nacionales y de importación

Desde el utensilio más sencillo al mueble más sofisticado

Con las últimas tendencias en calidad y moda

El Pote